En torno a Josefina Manresa

Gabriele Morelli
Universidad de Bérgamo

Escasas son las noticias que conservamos sobre Josefina Manresa Marhuenda, esposa y musa inspiradora de una sección relevante de la poesía de Miguel Hernández. Y todo ello a pesar de que sobrevivió muchos años a la muerte prematura de Miguel quien, como es sabido, falleció en la cárcel llamada Reformatorio de Adultos de Alicante en 1942. De todos modos, me parece útil recordar aquí algunos datos generales, en gran parte conocidos, de la biografía de la novia de toda la vida del poeta.

Josefina nace en Quesda (Jaén) el 2 de enero de 1916 y es la hija mayor de una familia compuesta por cinco hermanos. En 1927 su padre, natural de Cox (Alicante) y guarda civil de profesión, se traslada a Orihuela, adonde es destinado. Aquí la niña estudia dos cursos en un colegio de monjas que abandona para ir a trabajar en una fábrica de seda. En 1932 entra como aprendiza en diferentes talleres de costura, oficio que desempeñará durante toda la vida. Tras haberse traslado a la sastrería de Las Civileras, junto a calle Mayor, conoce a Miguel Hernández, que poco después se le declara. Escuchemos el encuentro a través de las palabras que la propia Josefina deja en su conocido libro de memorias *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*. Entre varios momentos del inicio de su relación con el poeta, menciona el día en que le entrega el soneto amoroso «Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo», que perte-

nece a la sección «Poemas varios (1933-1934)» de la *Obra poética completa*.[1] Escribe Josefina:

> Él me esperaba en la puerta del taller y yo, al salir, me ponía en medio, entre dos compañeras. Siempre me preguntaba con mucho interés cómo me llamaba y yo nunca se lo dije. Un día por la tarde, al salir del taller, ya finalizando la Calle Mayor, me dio un papel doblado dos veces y se fue de prisa. Yo lo tomé de improviso y me quedé pensando que él creería que yo lo quería. La poesía era la que empieza así: «Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo». Está escrita a máquina y con letra suya puso junto a su nombre esta frase:«*Para ti*».[2]

Es la primera declaración de amor que Miguel hacía a Josefina y no podía ser más que en verso. El joven poeta, al describir a la amada, le confiaba su amor invitándola a corresponder a un sentimiento que le hacía su cautivo y a ella su carcelera. Rezaba el poema:

> Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo,
> nacida ya para el marero oficio;
> ser graciosa y morena tu ejercicio
> y tu virtud más ejemplar ser cielo.
>
> ¡Niña!, cuando tu pelo va de vuelo,
> dando del viento claro un negro indicio;
> enmienda de marfil y de artificio
> ser de tu capilar borrasca anhelo.
>
> No tienes más quehacer que ser hermosa,
> ni tengo más festejo que mirarte,
> alrededor mirando de tu esfera.

---

[1] Miguel Hernández, *Obra poética completa*, introd., estudios y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, Madrid, Alianza Editorial, 1982, págs. 175-176.

[2] Josefina Manresa Marhuenda, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1981, 2ª ed. corregida y aumentada, pág. 11.

Satélite de ti, no hago otra cosa,
si no es una labor de recordarte.
¡Date presa de amor, mi carcelera!

Los dos acostumbraban a verse en un rellano tras de una columna situada en la puerta del cuartel de la guardia civil donde se alojaba la familia de Josefina. Ella, al evocar el episodio, cita una carta de Miguel que menciona la columna:

> Dime si se ha caído la columna del cuartel donde hemos pasado tantas horas disputando y queriéndonos. Si se ha caído habrá sido de pena de no tenernos a su lado a nosotros.[3]

Según Josefina, cuando Miguel se acercaba a una placita donde daban los balcones de su casa, le silbaba para que ella se asomara y luego bajara. Un día un loro de una casa vecina aprendió el silbido y a partir de este momento empezaba a silbar a la misma hora en que llegaba Miguel, creando confusión y a veces engañando a la joven. Los dos se veían muy poco y casi siempre de noche, antes de que cerraran las puertas del cuartel, que habitualmente era muy temprano. Incluso cuando se formalizó la relación de noviazgo, exactamente el 27 de septiembre de 1934, «dos días antes de la onomástica de Miguel», como precisa su mejor biógrafo José Luis Ferris,[4] Miguel pidió permiso al padre de Josefina para hablar con su hija, pero a ella no le gustaba que entrara en casa, ya que se necesitaba la autorización del comandante y éste debía notificarlo a todos los guardias del cuartel. En fin, sigue diciendo Josefina, «pasábamos muy poco tiempo juntos». Quizás sólo algún beso furtivo entre los dos enamorados llenaría estos encuentros, como documenta el conocido soneto de *El rayo que no cesa* que Josefina recuerda, pero suaviza el episodio hablando de un «beso que le dio al aire». Vale la pena leer el poema por la extraordinaria belleza de sus versos y por la capacidad para des-

---

[3] Ibíd., pág. 12.

[4] José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy. Biografías, 2002, pág. 181.

cribir la efusión amorosa del beso que el ardoroso poeta literalmente robó de la mejilla de la amada forzando su dura resistencia. El soneto es el siguiente:

> Te me mueres de casta y de sencilla:
> estoy convicto, amor, estoy confeso
> de que, raptor, intrépido de un beso,
> yo te libé la flor de la mejilla.
>
> Yo te libé la flor de la mejilla,
> y desde aquella gloria, aquel suceso,
> tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
> se te cae deshojada y amarilla.
>
> El fantasma del beso delincuente
> el pómulo te tiene perseguido,
> cada vez más patente, negro y grande.
>
> Y sin dormir estás, celosamente,
> vigilando mi boca ¡con qué cuido!
> para que no se vicie y se desmande.[5]

Sobre el carácter reservado y la rígida educación virtuosa y religiosa de esta costurera de provincias mucho se ha insistido. Además, el poeta, en el período de trasformación ideológica ocurrida durante su estancia en Madrid en 1935, que acarreó un distanciamiento de Josefina, lo comunicó directamente a la amada. En su carta de comienzos de julio, subraya la diferencia entre la vida de ella, ligada al pueblo, con la de Madrid, ciudad en la que él vive y donde desea culminar sus aspiraciones artísticas. Escribe Miguel:

> No es que me haya engañado contigo, Josefina; la que tal vez se haya engañado eres tú; esto te lo digo no como reproche a ti sino a mí mismo; me parece que no soy el hombre que tú necesitabas. [...] Yo

---

5 *Obra poética completa*, cit., pág. 241.

> tengo mi vida aquí en Madrid, me sería imposible vivir en Orihuela ya; tengo amistades que me comprenden perfectamente, ahí ni me comprende nadie ni a nadie le importa nada lo que hago.[6]

Y en la carta posterior insiste en los distintos modelos de vida: la provinciana, plagada de murmuración, y la urbana, llena de oportunidades para él que, libre y divertido, aprovecha el trabajo que le ofrece la capital:

> Es la vida de Madrid, Josefina; la vida de Madrid que le hace a uno olvidarse de todo con sus ruidos y sus mujeres y sus diversiones y sus trabajos. Es tan diferente de esa vida callada de ahí, donde no se hace hacer otra cosa que murmurar del vecino o hablar mal de los amigos y dar vuelta por los puentes.[7]

Es éste uno de los ciclos más tensos de la relación de los dos enamorados, y abarca seis meses de una separación que precipita una verdadera ruptura, durante la cual, es sabido, Miguel vive una intensa experiencia amorosa con la pintora gallega Maruja Mallo. Como documenta el paisano y compañero de lucha política Ramón Pérez Álvarez[8], al período anterior se remonta el romance de Miguel con María Cegarra, joven poeta que el oriolano había conocido en su pueblo en 1932, junto con Antonio Oliver y Carmen Conde, con motivo de la inauguración del monumento a Gabriel Miró. La historia continúa durante la visita del poeta a Cartagena y la Unión para la presentación del libro *Perito en lunas*. Pérez Álvarez sostiene que hubo cruce de cartas entre los dos y que gran parte de los poemas de *El rayo que no cesa* fueron inspirados por María Cegarra. En este sentido el estudioso hernandiano

---

6 Miguel Hernández, *Cartas a Josefina*, introd. de Concha Zardoya, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pág. 50.

7 Ibidem, pág. 1

8 «María Cegarra-Miguel Hernández. El veto a una relación sentimental incuestionable», en Ramón Pérez Álvarez, *Hacia Miguel Hernández, Biblioteca Hernandiana, Documentos*, edición y prólogo de Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón Huguet, Orihuela, Asociación Cultural Ediciones Empireuma, Onda Gráfica, 2003, págs. 28-31.

Agustín Sánchez Vidal habla de la «extraña dedicatoria» del libro. «¿A quién se dirigía?», se pregunta. Existe una carta de Hernández al matrimonio Oliver-Conde, fechada en octubre de 1935, en la que dice: «Le he escrito a María [Cegarra] y no me contesta hace mucho. Por lo visto, tampoco tiene interés conmigo [...]. Que se desengañe de todos, hasta de mí, de una vez». También Pérez Álvarez acude a una interviú dirigida a María Cegarra en la que el periodista recuerda a la mujer lo que afirmaba Carmen Conde, es decir, que Miguel estaba enamorado de ella. He aquí su contestación evasiva y un tanto sibilina: «Ella lo ha tratado más que yo. Es posible». La situación conflictiva, además de reverberarse en el epistolario enviado a Josefina, es confesada explícitamente por ésta, que en sus recuerdos reconstruye las coordenadas temporales del distanciamiento. Señala su dura reacción frente al cambio mostrado por Miguel respecto a ella en estos términos:

> Al poco tiempo de estar [Miguel] en Madrid, donde trabajaba en Espasa Calpe, en una Enciclopedia taurina, iba cambiando y yo encontraba muy extraña su actitud. Me decía en sus cartas cosas que a mí no me gustaban, y yo le contestaba a ellas. Yo, a pesar de todo, tampoco estaba dispuesta a aguantar y deseaba terminar con esa actuación.
>
> En el mes de agosto de 1935 vino de vacaciones y cuando fue a saludarme dándome la mano, le dije que no se la daba porque no me quería; él me contestó que sí me quería, pero que no pensaba casarse. Al oír eso le dije que me trajera mis cartas y retratos y me subí a mi casa. Él no esperaba mi decisión y me llamaba. Al día siguiente silbó en la placeta y yo mandé a una de mis hermanas a que le diera las cartas y retratos. Yo no quise salir en todo el mes sino solamente a trabajar. No quería verlo ni que me viera.[9]

Pero ¿cómo era físicamente Josefina, la joven costurera de Orihuela de quien se había enamorado Miguel? Existen varias

---

[9] *Recuerdos de la viuda...*, cit., pág.16.

fotos de ella, en particular las que posa al lado del poeta antes y durante la contienda militar; además conservamos la descripción de varios testigos de la época y, sobre todo, nos queda la imagen dejada por Miguel. En su carta a Josefina del ...* el poeta nos ofrece un retrato físico y psicológico de la amada que subraya el negro intenso de su pelo y pestañas en contraste con los rasgos delicados de su piel blanca y sus ojos profundos. Escribe:

> Sus señas particulares son pelo largo, hecho un puro anillo y negro, negro como un rincón de noche, su piel pálida y graciosa, su boca demuestra una mujer de mucha voluntad y es fina y bien recortada, su nariz copiada de Venus y sus ojos profundos y pensativos y guapos en medio de dos cejas como dos puñaladas de carbón fino.

Otra semblanza significativa, que añade otros detalles sobre los rasgos físicos de la joven, proviene de las evocaciones personales del paisano y compañero de lucha política Jesús Poveda, quien en su libro de memorias escribe:

> Cuando Miguel nos dijo que estaba enamorado de una muchacha de aquel pueblo, jamás nos habíamos imaginado que esa muchacha fuera Josefina Manresa [...]. Pero llegó el día en que lo vimos paseando con su novia, muy ufano y muy galante, como ruiseñor que ya tenía su nido. Yo estoy viendo esta pareja por la Plaza Nueva de Orihuela, sobre las siete de la tarde [...]. Vestía ella un traje oscuro. Su pelo era anillado y muy largo, le llegaba hasta la cintura. Era de piel blanca y ojos negros, como una firme estampa mora de mujer, de aquellas cordobesas que le dieron la fama al pintor de la mujer Julio Romero de Torres. Y su edad sería como de unos dieciséis o diecisiete años. Miguel estaba muy enamorado.[10]

---

[10] *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria-Testimonio*, México, Ed. Oasis, 1975, págs. 53-55.

A estas estampas, más o menos verídicas, que describen la persona de Josefina, cuyo carácter fuerte también emerge en las páginas de sus recuerdos y en su actitud de defensa obstinada de los manuscritos y documentos dejados por el poeta, puedo yo sumar mis impresiones, debidas a dos encuentros que tuve con la viuda en los lejanos años sesenta.

Primer encuentro con Josefina

Mi primer encuentro estuvo motivado por la necesidad de buscar materiales e informaciones directas sobre la obra de Miguel Hernández, tema de mi trabajo de tesis doctoral, y de ello he hablado en mi artículo «Historia de un hispanista hoy» y con más detalles en un número de una revista que prepara un homenaje al poeta[11]. Por lo tanto, ahora me limito a recoger los datos más importantes y significativos para comprender la personalidad y la actitud de Josefina ante la memoria del poeta:

> Como el navegante, partí desde Génova en tren hasta Barcelona y seguí hacia el Sur con dirección a la pequeña ciudad de Elche, donde vivía, apartada y retirada, la musa de Miguel Hernández. No sin dificultad, me dirigí a ella para entregarle la nota de Aleixandre y al mismo tiempo para rogarle que me acompañara a ver la casa de su esposo. Mostró resistencia, mucha resistencia, pues, aunque estaba dispuesta a contestar a mis preguntas y aclarar el río de dudas que le planteaba, de ninguna manera deseaba regresar a Orihuela, enclave de tanto odio y dolor personal. Insistí y volví a insistir con osadía juvenil. Tras su cara morena, en perfecta armonía con su persona y con su traje negro, asomaba la determinación de su mirada cortante: no, no quería volver nunca a ver a sus paisanos de Orihuela. Pero al final tal vez la ablandó mi actitud desconsolada, que diluía el inicial

[11] Se trata del último número la revista *Canelobre* (en prensa).

entusiasmo por encontrarme frente a la musa de ojos y pestañas negrísimas que fue amada y cantada por el poeta. Cuando ya estaba abandonando la empresa, de repente ella me dijo que sí, que me acompañaría por respeto a Aleixandre, pero que jamás cruzaría los umbrales de aquella casa.

Así fue. Viajamos en autobús: esos lentos, ruidosos, asfixiantes autobuses de los años sesenta que renqueaban con hedor a nafta y polvo. Durante el trayecto, Josefina Manresa se quedó muda, ensimismada y con actitud distante. Yo intentaba sonsacarle sobre su relación con Miguel, sobre todo en su último período de prisionero, pero ella permanecía silenciosa y como ausente. Su cara sólo se animaba cuando le contaba la estupenda acogida de la poesía de Hernández en Italia, sobre todo entre los estudiantes universitarios. Sus ojos sonreían y se iluminaban al escuchar que el poema preferido era las Nanas de la cebolla. Recité de memoria las dos primeras estrofas y ella las repetía con voz imperceptible y un sutil movimiento de sus labios finos. Revelaba una manera particular de agrupar las palabras que me sorprendió por su acento suave, largo, que superaba la ruptura del verso y se abría a un ritmo lento, sin pausa alguna. Al final me confió que Miguel le había mandado estas «coplillas» en una carta donde explicaba la razón de su génesis. Como es sabido, había compuesto esta canción de cuna en la cárcel de Torrijos. La copió un amigo, Luis Rodríguez Issern, con quien el poeta coincidió en esta prisión en 1939. Muchos años después conocí a Luis Rodríguez y le pregunté sobre el episodio que me había contado Josefina. Me enseñó una nota suya sobre el asunto, aparecida en el *ABC* (28 de marzo de 1983), que reza:

Una mañana, en el patio de la cárcel nos leyó unas «coplas» o «coplillas», como él las llamaba, que se las había inspirado una carta de Josefina, su mujer, en la

> que le contaba que sólo comía pan y cebolla. No es que comiera cebolla cruda, como algunos creen, sino un guiso pobre de patata y cebolla. Yo hice una trascripción de aquellas «coplillas» y de otros poemas. Después, cuando le internaron en Conde de Toreno y yo había salido libre, iba de vez en cuando a comunicar con él, y luego visitaba a Vicente Aleixandre para darle noticias del amigo preso. Un día le llevé algunos poemas, entre los que estaban aquellas «coplillas» que no tenían título. Las puse «Nanas de la cebolla» y añadí esa nota que sale en todas las ediciones y que explica por qué Miguel las había compuesto. Parece que a Vicente Aleixandre uno y otra le parecieron bien.
>
> Al llegar a Orihuela, Josefina me acompañó hasta cierto tramo de una calle ancha, que de improviso torcía hacia un callejón a la derecha. Me indicó que más adelante encontraría la antigua casa familiar de Miguel y después me saludó con la mano. Insistí rogándole que viniese conmigo; pero fue inútil, pues ella se marchó, dejándome solo con el tumulto en el corazón propio del que atisba el culmen de la aspiración acariciada desde tiempo atrás: penetrar en los muros de la morada del poeta.

En la citada entrega crítica de *Canelobre* he intentado reconstruir el primer coloquio que tuve con la viuda y que duró casi media hora, coloquio que ahora recupero.

Josefina me preguntó por mi viaje y por el profesor Dario Puccini quien, a comienzos de los años sesenta vino a visitarla con su esposa Stefania a Elche, cuando él preparaba la primera antología italiana de la obra de Miguel, publicada por Feltrinelli en 1962. Me dijo que le gustaban mucho los poemas traducidos al italiano: «Parecen más bonitos, ya que suavizan un poco toda la pena que Miguel encerraba dentro. Pero –añadió– pude leer el libro sólo mucho tiempo después ya que cuando lo recibí tenía, y sigo teniendo, problemas en los ojos, por lo cual tuve que operarme». Le pregunté por los inéditos del poeta que ella guardaba, pero me contestó que le había dado todo el material a Aleixandre y a otros

para realizar una edición de la obra poética de Miguel[12]. En general, siempre que aludía a los manuscritos o a la correspondencia del poeta, Josefina cambiaba de tema, o sencillamente simulaba no entender mi castellano aún balbuciente. A veces, en lugar de responder a mis cuestiones, ella me preguntaba qué libros poseía yo del poeta. Le contesté que el año anterior había comprado en Madrid las *Obras completas* de la editorial Losada. «En realidad –me dijo– casi todos los libros que han salido sobre Miguel llevan errores y erratas, a pesar de que yo he enviado materiales y he dado datos biográficos y retratos aún desconocidos de Miguel, que a veces no me han devuelto o, peor, han perdido». Le comenté que en mi tomo de Losada no había percibido estos errores. «Hay erratas y mala ordenación cronológica de los poemas, aunque en este caso los textos han sido cotejados con los manuscritos originales que yo escondí en casas de parientes. La muerte de Migue fue la liberación de una terrible enfermedad que le había destrozado por completo alma y cuerpo. Su cuerpo estaba lleno de pus y llagas por todas partes; se liberó del sufrimiento por el estado en que se encontraba, separado de su hijo y de nosotros. Yo no podía verlo sufrir así; cuando por última vez me permitieron visitarlo en la cama de la cárcel, sabía que se iba a morir pronto. Ya no tenía palabra sino sólo ronquidos; pero igualmente, su desaparición fue un dolor tremendo para mí y para su familia».

A continuación pregunté por los poemas del libro *El rayo que no cesa* que Hernández le había dedicado, aunque el propio Aleixandre me había señalado que Josefina no era la musa inspiradora de todos los textos. Tampoco yo en aquella época –estoy hablando de 1964– conocía las relaciones verdaderas o supuestas que Miguel tuvo antes con María Cegarra y luego, con más intensidad y pasión, con la pintora Maruja Mallo[13]. A través de ella sintió la experiencia plástica de la Escuela de Vallecas, que la crítica

---

12 Probablemente se trata del libro *Obra escogida* (1952).

13 Sobre el tema, véase, entre otros, el interés que le dedica Luis Ferris en el libro citado, págs. 207-213, que aporta una copiosa documentación. En 1995, con motivo de la muerte de la pintora gallega, Ramón Pérez Álvarez, compañero del poeta, publica su artículo «Maruja Mallo-Miguel Hernández. Una intensa y luminosa relación»; artículo recogido en Ramón Pérez Álvarez, *Hacia Miguel Hernández*, cit., págs. 47-51.

ha conocido en época posterior. Pero Josefina silenció en parte mi pregunta, reconociendo que sólo algunos de estos poemas estaban dedicados a ella. En resumidas cuentas, fue una cita un tanto incómoda, en que casi siempre hablé yo. Fue un monólogo difícil sobre todo para mí, ya que insistí para que me acompañara a Orihuela y sólo conseguí que me dejase verla al día siguiente para que me diera una contestación, que tampoco al comienzo fue positiva. Josefina se negaba rotundamente a ir al pueblo del poeta, de manera que tuve que acudir a mi fantasía y ardides de joven hispanista preocupado por su trabajo de tesis y que corría el riesgo de quedarse sin información. Al día siguiente me dirigí a su casa, ubicada en la avenida Reina Victoria, n. 12, llamé a la puerta y en cuanto veo a Josefina le entrego tres billetes del autocar para Orihuela. Le aseguré, enseñándoselos, que el que sobraba era para Miguel, porque sin duda él nos acompañaría durante el viaje. Josefina se me acercó (siempre hablábamos a cierta distancia) y me miró intensamente; su cara grandota y cerrada se había suavizado y en sus ojos brillaba una sonrisa melancólica. Después, sin decirme nada, se encaminó rápida hacia la estación de autocares; y, yo, detrás, con las tres entradas pegaditas en la mano sudada.

Segundo encuentro

El segundo encuentro que mantuve con la viuda ocurrió cuatro o cinco años después, creo que en 1970, durante un congreso organizado por la Asociación de los hispanistas europeos. Siempre durante la Dictadura, el congreso se celebraba en una ciudad europea, pero esta vez tuvo lugar en las aulas de la Universidad de Alicante, por el interés y las sugerencias del importante lingüista de la Universidad de Murcia, prof. Muñoz Cortés, miembro del nuevo comité directivo de la Asociación, quien ofreció la sede gratuita con todos sus gastos. Ya no como estudiante, sino como joven ayudante de la Universidad Bocconi de Milán, propuse como cierre del congreso un homenaje a la figura de Miguel Hernández. Y así fue. El acto de clausura tuvo lugar en Orihuela, en el claustro del Colegio de Santo Domingo, donde, como es conocido, Hernández pasó un período provechoso de estudios, interrumpido por la drástica determinación del padre que le obli-

gó a abandonar el bachillerato para cuidar el rebaño de ovejas y cabras en el monte. Encargado de la conferencia final fue el poeta Germán Bleiberg, antiguo militante y compañero del Miguel en la cárcel madrileña de Torrijos (cuarta galería, primera sala). Acababa de viajar de los Estados Unidos con un permiso temporal para dar conferencias en cursos de verano para extranjeros, debido a la invitación (y presión) de algunos intelectuales o académicos universitarios, hecho que ya empezaba a ocurrir en la España de comienzos de la Transición. Por ejemplo, recuerdo que en el verano de 1967 yo había asistido en la Universidad de Salamanca a una conferencia del poeta Eugenio de Nora, que entonces vivía exiliado en Berna. Dictó la ponencia y al día siguiente, me dijo, tenía que marcharse y abandonar a España.

Durante los días del congreso me hice amigo de Bleiberg, quizás gracias a mi interés por la obra de Hernández y a mi libro italiano que acaba de publicar sobre el poeta, que le regalé. Con él fui a visitar la tumba de Miguel en el cementerio de Alicante y, aunque tuve que luchar contra su resistencia, nos acercamos a su casa en Orihuela, pero no entramos porque nos lo impidió la dueña de la familia que vivía allí entonces. Ante mi insistencia, Bleiberg me rogó que desistiera, ya que no quería arriesgarse por la particular situación en que se encontraba como profesor visitante en España. Entre las varias anécdotas que me contó sobre la persona del amigo Miguel recuerdo la llegada del poeta a la cárcel de Torrijos; él y algunos compañeros llevaban tiempo sin afeitarse por falta de medios (maquinilla y jabón). Al verlos con barba, Miguel se echó a reír gritando que parecían los siete ladrones de la fábula y, de pronto, indicó el remedio para resolver el problema. Tomó una botella que estaba a su alcance, la rompió con habilidad y sacó un cristal que afiló con una piedra del alféizar de la ventana. Luego, mirándose en un espejo, empezó con el cristal de la botella a afeitarse la mejilla, siempre riéndose con gusto. Asimismo Bleiberg, al hablar de García Lorca, con quien participó en Valencia como actor en su teatro ambulante de la Barraca, me contó que un día un grupo de gitanos se instaló por la tarde cerca de ellos. A partir de aquel momento, Federico estuvo nervioso y preocupado de que robaran los aparatos y trajes de la farándula hasta el punto de que, entrada la noche, Federico llamó a la Guardia Civil para que echara a los gitanos de allí.

Pero volvamos a mi segundo encuentro con Josefina, que acaeció con motivo del congreso de los hispanistas europeos en el que, además de la conferencia de Bleiberg, se reservaron a Hernández algunas ponencias, como por ejemplo la dictada por el estudioso francés Claude Couffon, autor entre otros ensayos de una biografía dedicada al autor oriolano. Couffon y la mayor parte de los congresistas se alojaban en un hotel céntrico de la ciudad y, sentada aparte en un sofá del hall, vi a Josefina Manresa. La reconocí de inmediato: llevaba el habitual vestido negro y las canas que antes le cubrían sólo la parte anterior de la gran masa del pelo ahora se habían extendido a toda la cabeza. Llevaba gafas y sostenía un libro entre sus manos, que estaba abriendo. Me acerqué y la saludé diciéndole que era aquel chico italiano, amigo de Aleixandre, que había ido a verla a Elche hacía tiempo. Josefina levantó los ojos y me miró atentamente y luego me dijo que sí, que se acordaba de mí. Sin permiso, aproveché para sentarme a su lado y observé que el libro que tenía abierto era el estudio de Couffon. Me dijo que el hispanista francés le había llamado para verla y darle el libro, pero que creía que un compromiso de trabajo le impediría venir a Alicante y que por eso Couffon le había dejado el volumen en el hotel. Pero al final un hermano pudo acompañarla en su coche y por eso estaba allí para saludar al estudioso. Me preguntó si sabía dónde se encontraba, ya que no estaba en el hotel, y ella no podía esperar mucho. Le dije que seguramente vendría dentro de poco. Se trataba, naturalmente, de una mentira, a la que acudía para estar con ella, ya que ignoraba si Couffon había salido para ir a la Universidad. Nos quedamos solos y pude hablar con Josefina durante un cuarto de hora, hasta que ella dio señales de impaciencia: me invitó a preguntar al conserje si había regresado Couffon. En fin, deseaba marcharse, su hermano la aguardaba fuera del hotel, quería volver pronto a Cox o Elche, no recuerdo bien lo que me dijo. Pero ¿cuáles fueron las preguntas que le hice en aquella ocasión y cuáles sus respuestas?

En general Josefina tomaba como pretexto mis dudas e interrogaciones sobre la obra de Miguel para lanzar acusaciones contra editores «piratas», estudiosos e incluso antiguos compañeros del poeta, que habían traicionado su buena fe y, a veces, habían dado una versión equivocada e interesada de la actitud de Hernández. Para ella encabeza la lista de los editores fraudulentos el nombre del «comunista» Rafael Alberti, responsable de la edición

pirata de *Viento del pueblo*, publicada por la editorial Losada en 1942. «A él le interesaba dar a conocer sólo este libro, naturalmente», comentó y siguió diciendo: «En realidad, Miguel nunca fue comunista, fue sólo defensor de los pobres y de los trabajadores». Dijo esto de una manera tan radical que no me atreví a contradecirla, pero sí le pregunté sobre su matrimonio religioso y si lo había pedido Hernández. Me dijo que no, pero que tampoco ella o los suyos se lo habían impuesto. Fue un acto normal, la consecuencia natural de dos seres que habían vivido juntos, amándose, y que tenían hijos. «¿No hubo presión –osé preguntarle– de parte de las autoridades religiosas y civiles? Una vez reconocida la unión religiosa, eso permitiría al prisionero una serie de beneficios entre los cuales estaba la posibilidad para usted, en cuanto esposa legítima, de sus visitas directas en el cárcel: ¿no fue así?». No tuve contestación: Josefina se levantó y en silencio se acercó a la puerta giratoria de la salida del hotel. Y yo, detrás, igualmente en silencio, observé cómo se alejaba, sombra oscura en la luz radiante del día.